Introducción

La importancia que tiene el lenguaje en la formación universitaria puede sintetizarse en tres funciones principales:

Función comunicativa: en cuanto sirve como instrumento para enseñar, evaluar y hacer público el conocimiento.

Función social: como mediador en la relación interpersonal, los acuerdos y los proyectos cooperativos.

Función epistémica: como herramienta intelectual y de aprendizaje.

El énfasis que se le ha dado a la primera de estas funciones ha hecho que se le subestime la importancia que tiene el lenguaje como herramienta psicológica y cultural y como mediación en los procesos de formación propios de la educación superior (Peña,2008)

nivel de pregrado. La formación básica que los estudiantes han recibido en el colegio es una base importante, pero no suficiente, para adelantar con éxito sus estudios universitarios.

 La lectura, la escritura y la expresión oral no son habilidades genéricas, que puedan aplicarse indistintamente en cualquier situación comunicativa sino modos discursivos que no pueden entenderse separados de las practicas fundamentales ni de la pedagogía de cada disciplina. Más que dispositivos autónomos e independientes de los hablantes y de los contextos en los intercambios comunicativos y en el conjunto de las practicas académicas en los que los profesores y estudiantes participan.

En consecuencia, la formación de la competencia oral y escrita en la universidad debe asumirse, no como una actividad colateral independiente de las disciplinas del conocimiento, sino como un componente constitutivo de ellas. Por lo tanto, más que el conocimiento abstracto de la lengua, su estructura gramatical o los mecanismos que explican su funcionamiento, su evaluación debería tener por objeto sus usos y el dominio de las principales formas discusivas, de acuerdo con las intenciones del hablante y las situaciones concretas en la que ocurren las interacciones comunicativas.